

sus pies y le ofrece sus excusas. Enríquez, confundido, levanta á Borja, se hace su amigo y se complace en referir este rasgo de vigorosa humildad.

La muerte de la emperatriz privaba á los marqueses de Lombay de sus empleos en la Corte. La vida de Borja iba á sufrir un cambio profundo. El 29 de Junio de 1539, nombróle Carlos V virrey de Cataluña, y le aconsejó que tomara, antes de abandonar á Toledo, el hábito de los caballeros de Santiago. Siendo caballero, gozaría de innumerables privilegios y podría recibir alguna encomienda. Borja obedeció, y el 25 de Junio fué admitido á vestir el manto blanco con cruz roja.

Cortesano y favorito, Francisco de Borja dió muestras, durante doce años, de perfecto gentilhombre. Mas durante este período de constante dicha, no ofreció la verdadera medida de su talento ni de su carácter. Investido, á los veintinueve años, de la autoridad soberana y cargado con el peso de un gobierno difícil, iba á mostrar que, á las graciosas cualidades de un cortesano, añadía la primera y fecunda iniciativa de un hombre de Estado.

SEGUNDA PARTE

El Hombre de Estado

CAPÍTULO PRIMERO

EL VIRREY DE CATALUÑA

1. *El Justiciero*

El nombramiento del joven marqués de Lombay para el virreinato de Cataluña demostraba su mérito precoz. En aquel tiempo de paz mal asegurada con Francia, la llave de España debía descansar en manos firmes y fieles. El gobierno en desorden de aquella región amante de sus fueros, exigía tacto exquisito, vigor y raro discernimiento. Era inaudito, en fin, que se empezase en la carrera administrativa, por el virreinato de Cataluña. Se llegaba á Barcelona después de haber gobernado á Valencia, Aragón ó Mallorca, y, de Cataluña pasaban los virreyes á Nápoles, á Sicilia ó á los Países Bajos. Brillantísimas sinecuras hubieran podido recompensar al marqués de Lombay de su abnegación para con la emperatriz. Si Carlos V le confió un cargo que, por lo general, desempeñaban los personajes de más consideración, era por-

que había descubierto, de mucho tiempo atrás, en el amable cortesano, un hombre de Estado.

El marqués de Lombay conocía á Cataluña; hablaba su lengua y había asistido suficientes veces á las Cortes de Monzón, para saber qué leyes y costumbres regían en el virreinato, y qué males lo trabajaban. Por lo demás, minuciosas instrucciones, dictadas por el emperador, le señalaban claramente la carga que pronto iba á pesar sobre sus hombros.

Su sueldo sería de cinco mil ducados, su guardia de treinta alabarderos. Tres puntos debían atraer su atención: desde luego y en primer lugar, la administración de justicia criminal, muy deficiente en Cataluña. Los magistrados, hijos del país, pactaban con los bandidos; los señores eclesiásticos y seculares los ocultaban en sus castillos, sustrayéndolos á la justicia local, á pretexto del fuero eclesiástico; las más flagrantes desigualdades reinaban en la represión de los culpables. En lo civil, el virrey presidiría habitualmente una de las dos Cámaras de justicia y haría desaparecer el estancamiento de los procesos. Debería, en fin, poner en orden el erario, fortificar la ciudad y desarmar al pueblo.

El programa era temible, y cuando el marqués de Lombay tuvo conocimiento de él, debió quedar medianamente tranquilo. Se le dijo que fuera justiciero, sin ocultarle que ningún concurso fiel se le aseguraba y que, por lo contrario, se encontraría con traiciones ó incessantes conflictos de jurisdicción. Se le confesaba la indigencia del Tesoro, y se le apre-

miaba para conducir á feliz término una lucha y ciertas obras que necesitaban abundantes recursos. Carlos V quería sin duda favorecer á Borja, pero sobre todo, sabía que era recto, concienzudo, bastante abnegado para asumir lo odioso de rigores necesarios, demasiado humano para obrar con dureza, y, á punto de ir á castigar por sí mismo á los revolucionarios ganteses, se consideraba dichoso de dejar en tan buenas manos, el más revoltoso de sus Estados.

El marqués de Lombay se despidió del emperador en Toledo, y, acompañado de su esposa, de su cuñada, Juana de Castro Meneses, á la que siempre tuvo en su casa, de sus ocho hijos y del aya de sus hijas, Isabel Rodríguez, volvió á Gandía, en donde se detuvo muy poco tiempo.

El 14 de Agosto llegó á Tortosa, en cuya iglesia catedral prestó, según costumbre, el juramento de guardar los fueros de Cataluña. Desde este momento, su copiosa correspondencia nos permite apreciar la actividad, el celo por la justicia, el tacto, el desinterés, la conciencia con que desempeñó su difícil empresa. En sus cartas, de estilo espontáneo y pintoresco, dirigidas al emperador, al cardenal de Tavera, presidente del Consejo de Castilla y á don Francisco de los Cobos, brilla la franqueza, la decisión, cierta abnegación religiosa al servicio del príncipe, á veces una viveza todavía juvenil, y siempre una urbanidad de gran señor. Ve y habla con claridad. Su culto por el emperador se muestra en el cuida-

do que pone en ejecutar sus órdenes y en defender los intereses de la corona. Como virrey, tiene sus prerrogativas, y las hace respetar; justiciero, castiga con prontitud y serenidad. Una palabra que siempre tiene en su pluma le caracteriza: la conciencia. No puede comprender que los demás descuiden los deberes de conciencia, y entiende que debe sacrificarse todo antes que faltar á la conciencia.

El sábado, 23 de Agosto, entraba en Barcelona Francisco de Borja. Los consellers, los magistrados, numerosos caballeros, burgueses y comerciantes, salieron á esperarle, en brillante cabalgata, á la *Cruz Cubierta*, al este de la ciudad. Hechas las presentaciones, entró el cortejo por la puerta de San Antonio, y condujo al virrey, primero á la Seo, en donde debió prestar de nuevo el juramento de respetar los privilegios catalanes, y después á la casa del arcediano, residencia que Carlos V asignaba á su lugarteniente.

El marqués de Lombay no perdió el tiempo en festejos. A la mañana siguiente de su llegada empezó á estudiar los expedientes. El emperador no le había engañado: Cataluña sufría de una gran penuria de trigo y de justicia. Los ladrones circulaban en cuadrillas armadas, que, por falta de tropas, no era posible exterminar. «Dios mediante,—escribía el virrey—acabarán por pagar sus fechorías—Aunque hubiese de sucumbir en la demanda, arruinaré sus castillos.»

Las incursiones berberiscas tenían á la ciudad en continua alarma, y el rey no disponía

de flota alguna para defender las costas. Borja entra en tratos con los armadores, pero tropieza con pretensiones exageradas y prejuicios irreductibles. Se le presentan fantásticos presupuestos; todos quieren ser el almirante, ó no consienten en servir sino á las órdenes de tal jefe ó en tal compañía. Frustra interesados artificios, inspecciona los astilleros, se entera con exactitud del número de hombres de armas existentes en el virreinato, improvisa un cuerpo de artillería, coloca en pie de guerra las plazas de la costa y construye galeras. Los catalanes han encontrado el hombre que necesitaban. Uno de ellos, á pesar de haberle reducido mucho el presupuesto, escribía el 27 de Octubre de 1539: «El señor virrey será un *hombre de bien y de justicia*.»

Los planos sobre los trabajos del puerto fueron presentados al Consejo el 9 de Diciembre de 1539; sólo faltaba dinero. Los canónigos, de los cuales se esperaba algún auxilio, lo rechazan; se hace necesario luchar con entereza. El 10 de Abril de 1536, el virrey don Fabricio de Portugal puso la primera piedra de la muralla del este, que miraba al mar. El 14 de Junio de 1540, en presencia de Borja, se dió principio á la prolongación de las murallas, que iban á defender la ciudad. La Diputación de Cataluña tardaba en pagar un servicio votado en 1530. Con su perseverancia le arrancó el virrey ducado por ducado. Reconcilió á clérigos de diversas parroquias y á miembros de familias rivales. Sabía hacer la vista gorda cuando convenía, y, no obstante su empeño de des-

armar á los malos sujetos, dejaba que los labradores se dirigieran á los campos con sus espadas y ballestas, á fin de hallarse en disposición de resistir á los bandidos.

Conmovido de la indignancia del país, pide y obtiene la reducción de ciertos impuestos. Le afflige el mal estado de las cárceles; reclama contra la injusticia de las prisiones preventivas, contra las crueles mutilaciones reservadas á los ladrones y contra la impunidad dispensada á los caballeros malhechores.

Ciertos monasterios tenían necesidad de urgente reforma. El virrey apremia al obispo para que los vigile, y él mismo amonesta á las religiosas relajadas. De acuerdo con el inquisidor, toma enérgicas medidas para hacer respetar la clausura. Los abusos inveterados encontraban demasiados partidarios; Borja no tuvo tiempo de destruirlos.

*
* *

Su gran solicitud consintió siempre en la represión del bandolerismo feroz, que la connivencia de las gentes de justicia fomentaba. Su energía redujo poco á poco á los consejeros y comisarios. Pero surgían conflictos de jurisdicción en los cuales sólo se beneficiaba al crimen, y Borja perdía la paciencia.

Un bandido famoso, Gaspar de Lordat, al que había cogido y juzgado, se apresuró á invocar el fuero eclesiástico, y el obispo de Barcelona admitió la apelación. El virrey se indignó. «Si esto fuera de mi jurisdicción—escribía

al Ministro,—no importunara yo á V. S. con negocios desta calidad, porque pienso con la ayuda de Dios que nadie me la hará, que no la pague. Mas como en esto se trata del obispo, y aunque es mi amigo, es más mi amiga la verdad y la justicia... Si esto passa adelante, V. S. piense que esta tierra no tiene remedio; porque si no se puede usar de rigor y de brevedad de justicia con gente tan cruda y tan carnigera, no se ha de esperar sino mil males de este gran mal. El remedio yo no le querría dezir, pues de la mano de V. S. salen todos los remedios; mas, á lo que yo creo, haría al caso quel obispo recibiese una carta muy bien escrita, en que supiese que no ha de hazer lo que quiere... Y si tras todo esto S. M. quisiese escriville, que se consagre ⁽¹⁾ y que el tiempo que gasta en el juego, le ponga en su oficio, descargará mucho S. M. su conciencia en ello; pues ya que la tuvo en hazelle obispo, no es bien que la tenga en suffrille la mala cuenta que da de sí á Dios y al mundo. En ninguna cosa quiero que V. S. vea que soy su amigo, sino en trabajar tanto en su remedio; y en esto le quiero pagar el alquiler de sus casas, en hazer que Dios more en la suya V. S. lo proveerá como más fuere servido, que yo no quiero yr al otro mundo con este escrúpulo.»

El obispo recibió carta sobre carta, pero no por ello dejó de salvarse Gaspar de Lordat. Los bandidos que caían en las manos del vi-

(1) Don Juan de Cardona... era ya obispo auxiliar... desde 1520 y titular en Febrero de 1531... No se consagró hasta pasado 14 años, en 23 de Agosto de 1545.

rrey estaban, por el contrario, seguros de su castigo. Nada de injusticias; jueces muy regulares, pero ninguna debilidad. Desde el momento en que un crimen se probaba, se castigaba sin compasión. «Tengo entendido que en el castigo deste y dellos, consiste quasi el remedio desta tierra,»—escribía al emperador;— y encuéntrase á menudo en sus cartas esta expresión significativa: «¡Que Dios los haga caer en mis manos!» La menor injusticia lo ponía fuera de sí, pero llevaba á cabo con frialdad los rigores necesarios. «¡Adelante!—decía cuando era necesario ser severo,—¡Pongamos una onza de pólvora en el arcabuz!»; ó también: «Ahora marchó de caza con la justicia de Dios!»

El marqués de Lombay echaba en cara á cada cual sus faltas, y la condición de los culpables nunca le intimidó. «Y para esto la conciencia no me sufre callar lo que diré á V. S., y es que tengo por cierto que por haber gastado S. M. el dinero que la reina dexó, ha havido más de 300 muertes en Castelbó, por lo qual no sé si la conciencia de S. M. está muy saneada. Y para que estas no vengan á ser trescientas mil, y la consiencia de S. M. esté muy reposada, conviene que V. S. mire mucho esto y lo provea, como se lo suplico, que ningún otro respecto me mueve á esto, sino la verdadera voluntad y desseo del servicio del buen pecador.»

El barón de la Roca detuvo á los agentes del virrey, encargados de firmar las treguas, y se desató en injurias contra la Audiencia

Real. El barón fué encarcelado, con gran asombro de la nobleza.

Esta incorruptible equidad esparció bien pronto un saludable terror, y en menos de un año, desde su llegada á Cataluña, podía asegurar Borja que, por el momento, el país quedaba pacificado.

No todos aprobaban procedimientos tan nuevos y tan constante imparcialidad. Los descontentos se quejaban, y de ello sobrevenían al virrey reprimendas veladas que le afectaban vivamente. Pero con una rigidez de conciencia que ningún compromiso tentaba, dejaba decir y cumplía su deber.

El Cardenal de Tavera, gobernador de Castilla en ausencia de Carlos V, apremiaba al marqués de Lombay para que hiciera una visita á Perpiñán, asilo de numerosos revolucionarios, teatro de sediciones que nunca llegaban á castigarse, sin que ni siquiera pudiera conocerse sus autores, y plaza mal fortificada. Este viaje no agradó al virrey, y con su carácter franco y viveza ordinaria, mostró al cardenal que semejante viaje sería un fracaso. Se reprocharía al virrey el abandono de las costas amenazadas por los moros; burlaríanse de que partiese en son de guerra contra bandidos ya sometidos; y después, ¡qué prueba para su prestigio, si partía acompañado de dos caballeros como un simple comisario!

El Cardenal renovó sus órdenes; la caza de los bandoleros no era más que un pretexto; había que fortificar el Rosellón, ya que Francia armaba sus fronteras. Para no despertar ninguna

sospecha, convenía que Borja viajase sin ningún aparato militar. Ya no vaciló un momento; puso en orden sus negocios é hizo celebrar funerales por su hermano, el cardenal Enrique, recientemente muerto en Viterbo, y á pesar de que la marquesa de Lombay sufría mucho, partió de Barcelona con su marido, el 20 de Octubre de 1540.

El 26 llegaba el virrey á Perpiñán. Inspeccionó la frontera durante diez meses, fortificó á Perpiñán, Bellegarde, Salces, Collioure, y redactó una memoria en la que los trabajos sin terminar estaban minuciosamente indicados.

Perpiñán ofrecía un aspecto lamentable. «Tras esto certifico á V. M. que es muy gran lástima ver á Perpiñán. Siendo un lugar tan importante, como V. M. sabe está muy destruydo, que pocas menos son las casas cerradas que las abiertas, y sin esto los pelayres destos paños tan nombrados andan foraxidos en Francia; y si una vez assientan sus casas en ella, témesese quel trato que aquí havia, se passe allá.»

La vista de esta miseria inclinó al virrey á la indulgencia. Por los antiguos crímenes que quedaban por castigar, Borja mandó ahorcar á un asesino. Dada esta lección, suplicó al emperador que concediera una amnistía completa. El 15 de Diciembre fué proclamado el perdón general con gozo sumo por parte de la ciudad.

Había terminado la inspección, y Perpiñán se hallaba pacificado. «Esta tierra de Rosellón á esta parte está muy pacífica y muy buena, aunque estaban desseosos de justicia,

assí en lo criminal como en lo civil, porque son muy malos pagadores de sus deudas. Bien creo que havrá aprovechado mi venida para los crehedores, aunque muy poco para los que devían, y el bien que de ello ha sucedido á esta tierra, ha venido de mal á Barcelona y á su comarca, porque cada hora se empeora. Y aunque cerca desto he holgado más de que clamen ellos que yo, como V. S. lo escribe, no dexaré de dezir que oy he tenido nueva que á quatro leguas de Barcelona han robado á honze hombres juntos caminantes.»

El 6 de Diciembre salía el marqués de Lombay de Perpiñán; y el 21 entraba de nuevo en Barcelona, en donde durante diez años y medio había de continuar con energía incansable su gobierno reparador.

2. *El organizador*

Traía Borja de su viaje la convicción de que un peligro cercano amenazaba la frontera. En él apenas creía antes. Por lo menos, una vez advertido, no descansó un momento.

Cuando, en el mes de Agosto de 1542, el delfín de Francia invadió el Rosellón, Borja, retenido por las Cortes de Monzón, no pudo combatirle; toda la gloria del triunfo recayó en el duque de Alba, pero éste nada hubiera podido contra una sorpresa, por lo que comprendió que debía su victoria á un prevenido organizador.

En previsión de un ataque combinado de franceses y turcos, era necesario sobre todo ar-

mar á Barcelona. La actividad de Borja se compaginaba mal con la apatía é indiferencia con que los consejeros miraban los preparativos para la guerra. Por eso los apremiaba sin cesar, á fin de obtener más dinero y mayor número de equipos para obreros. «Si llego á fortificar la ciudad como yo pretendo que debe serlo—escribía al ministro,—yo os respondo que 30 galeras no podrán ponerla en peligro... Pero desde hace mes y medio que se gasta una fuerte suma semanal y no llego á cubrir los gastos. Escriba Vuestra Señoría al Consejo con calor y furia, que es lo que hay que hazer para despertarlo.»

El sacrificio del marqués de Lombay hubiera aprovechado más á Cataluña, si inquietudes de otro orden no le hubieran distraído, si hubiera podido consagrarse por completo á la reforma de los estudios, al bienestar moral y material del país. Era preciso perseguir á los bandidos no desarmados todavía, y los prejuicios catalanes hacían de día en día más penosa su tarea de justiciero.

A su vuelta de Perpiñán, el 3 de Enero de 1541, escribía Borja al emperador: «Yo llegué á esta ciudad á los XXI del pasado; y aunque las fiestas de Navidad suelen ser estorvos para los negocios, no se ha dexado de trabajar en ellas lo que cumplía al bien desta tierra, visto que la necesidad es tan grande, que no sufría dilación. Porque en estos dos meses de mi ausencia parece que se ha puesto fuego en el campo de Tarragona; y en esta tierra al derredor de Barcelona han nascido tantos delados,

que no será menester poco trabajo para cortar estas malas yervas... Los inconvenientes que hallo para la pacificación y remedio destes males son muchos; mas el que tengo por principal es la falta de dinero que esta tesorería tiene: porque aprovecha poco quebrarme la cabeza haziendo memoriales y firmando provisiones, y que ellas no salgan de casa del tesorero.»

No obstante, publica severos edictos contra los malhechores, destituye á los comisarios cómplices de los bandidos, trata de encontrar otros más firmes y concienzudos: «Verdad sea que una de las dificultosas cosas que ay en Cataluña, es la provisión de los comisarios, que sea qual conviene. Porque si no los ay, no se toman de lerdos; y si se proveen comisarios que tengan pasión para hazer los buenos effectos, de su propia pasión suelen salir los desórdenes, no teniendo devida consideración contra las personas á quien tienen mala voluntad. Y si se proveen hombres desapasionados, como les va poco en ello, házenlo tan floxamente, que no tienen respecto sino á su propio interese de dietas, y treguas, y otras cosas, huyendo siempre de los peligros y trabajos, y guardándose de no quedar enemigos de Pujadas y Semanat... Especialmente que de los tiempos passados está ya en costumbre ponello en personas bayas, y con esto ay pocos hombres de manera que los quieran; y los que los deszean, no son para ello, y los que son para ello no los quieren aceptar; y por esto digo que es este negocio muy dificultoso.»

En vez de comisarios quería soldados:

«Por donde viendo la falta del dinero, porque no dexen de perseguirse los delados, conviene una vez servirse de los delados de Pujadas, otra de los de Semanat. Y aunque esta costumbre es vieja, y yo la hallé assi quando vine á este cargo, téngola por tan mala, y estoy tan aborrescido della, y la gente tan fatigada, que por lo que cumple al servicio de V. M. y al descargo de mi conciencia, no puedo dexar de suplicar, que le provea algún remedio, para que todos igualmente sean perseguidos, pues la justicia no tiene escepción de personal, ni la voluntad de V. M. ha sido ni es otra.»

El 5 de Enero, intentó en vano un comisario detener una cuadrilla refugiada en una torre á una legua de Barcelona. Se le respondió á flechazos, por lo que Borja fué por sí mismo á dirigir el asalto. Espantados de su actitud, se rindieron los bandidos: «Al cabo el viernes pasado yo ahorqué seys destos, los más famosos—escribía el virrey,—y agora se entiende en los procesos de los otros con toda diligencia. Podrá ser que el que mejor librare, remarará toda su vida... En fin, la tierra está muy mejorada con esto, aunque no lo estará del todo hasta ver fuera de Cataluña esta banda de Semanat y Pujadas.»

Borja desconfiaba de aquella calma engañadora, por lo que no se descuidaba. Cada día capturaba algún bandido. Uno de ellos fué descuartizado, pues confesó lo menos quince asesinatos. Pero el más célebre, Antonio Roca, volvió á Cataluña, y, con él, empezaron de nuevo los latrocinios. En vano se le daba caza; aquel jefe

peligroso se hacía invisible; Borja no pudo nunca prenderlo, y hacía ya mucho tiempo que había abandonado el gobierno de Cataluña, cuando Roca ponía aún en un brete al virrey y á los comisarios.

La persecución de los bandidos, perseverante y metódica, no había llamado menos la atención del marqués de Lombay: «Dios lo encamine como más cumpliere al servicio de S. M. y á la buena conservación de los que estamos desterrados en estos bosques de Cataluña; que certifico á V. S. que tengo hasta necesidad de descansar, según me han hecho andar estos delados por las montañas á pie y armado, y después de comer. ¡Vea V. S. qué cosa para mi barriga!»

*
* *

Sin embargo, los bandidos de profesión causaban más disgustos al Virrey y más daños al país que los vulgares malhechores. Aquellos hidalgüelos tenían á sueldo espadachines que ejecutaban sus venganzas y aterrorizaban al país. Formaban bandos rivales, y se creían por sus privilegios al abrigo de todo castigo; pero el marqués de Lombay no reconocía ningún privilegio al crimen. Desterró á algunos incorregibles, y con sus buenos oficios, acabó con los que el rigor había intimidado.

Los más poderosos é irreductibles jefes de cuadrillas eran los dos hermanos Pujadas y un tal Semanat. Pujadas y Semanat dividían á Barcelona en dos campos, siempre